

# Los estupefacientes matan

por Laureano Barba

Las dos manos parecen firmes en la instantánea fotográfica, pero en una película podría apreciarse un leve temblor. Sobre la palma de la izquierda, esta joven anónima, ha depositado una pequeña cantidad de productos del cannabis, seguramente los conocidos por grifa y hachís. Con la mano derecha acciona el encendedor para calentar los estupefacientes que luego consumirá tal vez en forma de "petardo" o "porro". Es, o será, un enfermo, un drogadicto.

Todo el mundo conoce la peligrosidad que encierran las drogas y los narcóticos. El heroinómano que se inyecta cuatro o seis dosis al día, no puede ser privado tajantemente de la droga, porque el síndrome de abstinencia le produciría unos efectos gravísimos o mortales. En los centros hospitalarios especializados, a estos pacientes le sustituyen la heroína por metadona, y con otros procedimientos persuasivos complementarios se logra su progresiva recuperación.

Un drogadicto puede convertirse también en un delincuente, pues la necesidad de disponer de medios económicos para adquirir los estupefacientes, le empuja con frecuencia al robo, al atraco, la prostitución. Y se vuelven abúlicos, retorcidos, violentos, disminuyendo su rendimiento tanto en los estudios como en el trabajo.

Durante la segunda guerra mundial, en algunas unidades militares llegaron a suministrarles a los soldados, antes de entrar en combate, cierta



cantidad de cannabis. En Méjico, también se hacía consumir hachís a los toros y gallos de pelea. Se trataba de potenciar la agresividad. No en vano la palabra hachís significa "asesino".

Erróneamente, algunos drogadictos creen que los estupefacientes son afrodisíacos. Son exactamente todo lo contrario: debilitan la potencia y el deseo sexual, llegando incluso a destruir los cromosomas. Un proverbio árabe, dice: "Romeo tomó kifi y olvidó a Julieta".

Cuando Mahoma caminaba por el desierto —cuenta una leyenda— encontró una víbora aterida de frío. La tomó con cuidado, envolviéndola entre los pliegues de su chilaba, continuó su andadura. Olvidose de la víbora, que iba tomando el calor de su cuerpo, pero de repente sintió su picotazo. Apenado por la respuesta del reptil a su acción, lo arrojó lejos de sí, maldiciéndolo. Luego, chupó en la herida con sus labios para extraer el veneno mortal, que escupió al suelo. La tierra, resquebrajada y seca, al sentir la humedad, hizo nacer una planta: el tabaco, con el dulce sabor de la saliva del profeta y la amargura del veneno de la víbora.

Para exterminar los terribles males de la droga, ha llegado a proponerse que los gobiernos de todos los países donde se cultiva, hagan desaparecer de manera radical estas plantaciones. No sería esta una solución definitiva, porque también existen laboratorios en los que clandestinamente se preparan drogas y narcóticos sintéticos. Por otra parte, hay algunas, especialmente la morfina, precisas para ciertos tratamientos médicos, sobre todo para el alivio de dolores difíciles de soportar.

Ciertamente las drogas están fiscalizadas por los estados donde se

producen, pero también es verdad que muchos de los que la cultivan ocultan parte de las cosechas, buscando las apetecibles ofertas del mercado negro.

Numerosas organizaciones y muchos miles de agentes especializados, persiguen tenazmente en el mundo entero la venta y el consumo ilícito de las drogas y narcóticos. Pese a este gran esfuerzo, y las constantes campañas de mentalización sobre los peligros que entrañan, las cifras de drogadicción son aterradoras y los medios empleados por los traficantes, poderosos y sofisticados. Hasta ahora, parece que la sociedad es impotente por sí sola para atajar esta plaga destructiva. Que Dios nos ayude para lograrlo.